## XLVII

Estando en vísperas de celebrarse la Congregación antepreparatoria, acaeció el fallecimiento del gran Pontífice Pío IX, por cuyo motivo húbose de suspender hasta el día 26 de Marzo del mismo año 1878.

Esta Congregación, que resultó favorable, animó sobremanera al nuevo Postulador, el que se puso á trabajar, inmediatamente y sin descanso, para que cuanto antes pudiese celebrarse la Congregación preparatoria, de mucha más importancia que la precedente. Mas ¡ay! no le fué concedido disfrutar acá en la tierra de esta segunda satisfacción, porque en el mes de Febrero del año 1880 murió víctima de una pulmonía. ¡Qué vacío tan sentido para las Hijas de Nuestra Señora!

Con todo, luego fué reemplazado por su sobrino el Sr. Rafael Virili, joven sacerdote, sabio y muy distinguido, el cual, enterado antes por su señor tío, del estado en que se hallaba la Causa de la bienaventurada Juana de Lestonnac, continuó sin interrupción los trabajos, y logró ver coronada su grande y gloriosa empresa.

Muchos milagros, gracias y favores extraordinarios se habían obtenido, por intercesión de la bienaventurada Juana de Lestonnac, antes y después de su dichosa muerte; pero en la actualidad eran menester otros milagros, en los cuales se cumpliesen todas las formalidades prescritas por la Curia romana, para poder formar un verdadero proceso apostólico.



Tres casos milagrosos merecieron la aprobación de la Santa Sede, y manifestaron la santidad de la gran Sierva del Señor, antes de terminarse felizmente la Causa de su beatificación. La H. María Ludovica Farines, joven profesa del convento de Nuestra Señora de Narbonna, se hallaba el año 1865 agravada de una tisis pulmonar. La superiora, M. Darles, llena de confianza, preguntó un día al Dr. de Martín, si se podría contar por verdadero milagro la curación, caso de verificarse, de la H. Farines, porque deseaba rogar por ella á la bienaventurada Juana de Lestonnac. A lo que respondió el doctor: «Esta Religiosa está atacada de una enfermedad mortal: si aconteciese una curación súbita, radical, sin crisis ni causa alguna notable, sin duda que se debería atribuir á una intervención sobrenatural.» La Madre superiora, contenta de esta respuesta, propuso

á la Comunidad empezar una novena á la bienaventurada Madre, pidiendo la curación de la H. Farines. No perdonaron las Religiosas sacrificios ni mortificaciones, implorando este favor: hiciéronse tres novenas, y la enferma continuaba de mal en peor, pero sin decaer la confianza de las Religiosas. Por fin, llegado el último día de la tercera novena de oraciones y de sacrificios, pidió la enferma que, no obstante su gravedad y grandes sufrimientos, la bajasen al coro para oir la Misa conventual y poder comulgar. Es de advertir que había tres años que no había podido recibir al Señor Sacramentado sino por Viático. En el momento de la Comunión se reconoció curada: acabada la Misa, salió con las demás Religiosas, tomó el desayuno, rezó las Horas del Oficio parvo, y siguió desde entonces todos los ejercicios de la Comunidad. «Al ruido de un caso tan prodigioso acudí, decía el Dr. de Martín, y vi á la enferma H. Farines, que precipitadamente sale por la escalera á recibirme, llenándome de tal asombro que me hizo estremecer... Creía que soñaba.» Diez meses después el Dr. de Martín, á petición de la Madre Superiora, redactó la relación de esta milagrosa curación en estos tér-



minos: «La enferma ha sido curada sin convalecencia, en ocasión que no había ninguna esperanza de remedio. No es posible atribuir á causas naturales la curación completa de una enfermedad de pecho de siete años, y complicada de otros padecimientos. Lo que se ha obrado es una verdadera manifestación del poder de Dios, ante el cual la ciencia y la razón humanas quedan confundidas y humilladas.»

En el convento de Tolosa, el año 1865, había una Religiosa llamada M. Celia Bayssade, de edad cincuenta y un años y veinticinco de Religión la cual, aunque de salud delicada, desempeñaba varios cargos importantes de la Comunidad. Con todo, cinco años había que se hallaba como enclavada en la cama ó en el sillón, á causa de una meningite ó enfermedad de la medula espinal, que le paralizó las piernas y le impedía el andar, tanto que la tenían de vestir y desnudar como una niña. La M. Gratieux, superiora de la Casa, preguntó al Dr. Nogués si afirmaría ser un caso milagroso la curación de su querida enferma la M. Bayssade, y contestándole que sin duda lo firmaría, se empezó una novena, pidiendo la salud de la Religiosa, por intercesión de la bienaventurada Ma-

dre de Lestonnac. Varias veces durante la novena la visitó el doctor, y constantemente manifestó que la encontraba peor de su enfermedad; decía empero á las Religiosas, que si la Beata Madre atendía á las súplicas de la Comunidad, la mayor gravedad de la enferma haría que fuese mayor el prodigio.

Efectivamente, llegada la vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, la M. Bayssade se hallaba agonizando; mas al amanecer del día de la Santísima Virgen se encontró tan completamente curada, que andaba libremente, y siguió en un todo los ejercicios de la Comunidad.

El médico Sr. Nogués, al visitar después del milagro á la M. Bayssade, quedó sumamente maravillado de la repentina y completa curación que se había operado en ella. El cardenal de Tolosa, Sr. Desprez, fué al locutorio para ver á la curada milagrosamente, y participar de la alegría de las Hijas de Nuestra Señora. Le hizo muchas preguntas y le mandó sentarse, levantarse de la silla, andar con mucha ligereza, cerciorándose de la curación obtenida por intercesión de la Beata Madre.

El otro milagro se verificó el año 1886, en una Religiosa Capuchina del convento



de Manresa, provincia de Barcelona. Sucedió que un día el Dr. Solá estaba en el locutorio del convento de las Hijas de Nuestra Señora, de la misma población de Manresa, y fijando los ojos en un cuadro de la M. de Lestonnac, preguntó: «¿Quién es esta Religiosa?» á lo que le respondió la enfermera: «Es nuestra Madre Fundadora, cuya causa de beatificación se instruye en Roma y está muy adelantada; pero piden más milagros: ¿acaso V. podría ayudarnos en que se obrase alguno?—Si dependiese de mí, respondió el Dr. Solá, por cierto que no lo descuidaría.»

Precisamente entonces sor María del Pilar Comas, del convento de las Capuchinas, de edad veintinueve años, estaba atacada de un tumor en el lado, á consecuencia del cual cuatro médicos que la visitaron declararon que era preciso la operación. El Dr. Solá, que era uno de los cuatro médicos, exclamó muy placentero: «Vamos, las Hijas de Nuestra Señora piden un milagro para la beatificación de su Fundadora, y si por intercesión de ésta se curase nuestra enferma, sería evidente milagro. Mas yo no me contento con que la enferma se ponga bien, sino que exijo además, que el tumor desaparezca completa-

mente. Estas palabras inspiraron á las Religiosas Capuchinas el deseo de empezar una novena á nuestra bienaventurada Madre.

Las Hijas de Nuestra Señora enviaron á la paciente sor María del Pilar una fotografía de la santa Madre, con un pedacito de tela que había tocado sus venerables restos, cuya reliquia se la aplicaron sobre el tumor, y las dos Comunidades se unieron en espíritu y en oraciones.

Durante la novena la enferma se agravó, de modo que no podía tragar cosa alguna. Llegado el octavo día, dijo sor María del Pilar á las Religiosas sus hermanas: Puesto que los remedios son inútiles, tengo confianza de que la bienaventurada Madre me curará; les pido vengan despues de Maitines, y espero poder ir á comulgar con la Comunidad. Lo que pasó aquella noche, la misma enferma lo cuenta así: «Perfectamente despierta pasé la noche, rogando á la Venerable Juana de Lestonnac con esta deprecación: Pedid, Venerable Madre, á la Santísima Virgen, que si quiere curarme por vuestra intercesión, sea pronto, y que mañana pueda yo comulgar. Al dar la una me volví del lado que ordinariamente no podía estar, y no experimenté ningún dolor, é inmediatamente noté que quedaba



libre de todos mis dolores y sufrimientos.» Dos horas después, ó sea á las tres, fué la superiora á la celda de sor María del Pilar, y con grande asombro ve que deja la cama, y dirigiéndose á ella la abraza, diciéndole: «Estoy buena; nada me duele. No digamos nada, y mañana permítame comulgar.» En efecto, pudo recibir la Sagrada Comunión sin ninguna dificultad, y pudo desayunarse con las otras Religiosas. Desde entonces ha seguido en un todo los ejercicios de la Comunidad, sin exceptuar los Maitines que se rezan diariamente á media noche.

El día siguiente y la maravillosa curación, los cuatro médicos visitaron á sor Pilar y la encontraron perfectamente curada, y sin señal alguna de la grave enfermedad que padecia. Después de muchas pruebas y averiguaciones declararon, que por ninguna causa natural se había podido obrar tan súbita y completa curación.

## XLVIII

Celebróse la Congregación preparatoria el 18 de Noviembre del año 1884 con grande regocijo de la Orden de Nuestra Señora. Y el año 1888, con motivo del Jubileo

sacerdotal del Papa León XIII, pareció al postulador Sr. Rafael Virili que era ocasión propicia para presentar á Su Santidad una instancia, en demanda de que se celebrase la Congregación general sobre las virtudes en grado heroico de la bienaventurada Juana de Lestonnac.

La instancia fué firmada por la M. Forneron, superiora de Burdeos, y por la Madre Nicolás, superiora de Poitiers, acompañada de las adhesiones de las sesenta y una Comunidades de que constaba á la sazón la Orden de Nuestra Señora. Además se unieron á esta súplica las adhesiones de varios Cardenales, Arzobispos, Obispos, Abades mitrados y de varios Generales de Ordenes religiosas, entre los cuales se contaba el de la Compañía de Jesús. Y como el postulador Sr. Virili escribía: «Cuantas más adhesiones se presenten, tanto mejor resultado podremos esperar de nuestros trabajos y diligencias,» se procuró que se interesasen á favor de la santa Causa muchos otros grandes é ilustres personajes. Por mediación de una alumna antigua de Poitiers, Religiosa de la abadía de Solesmes, se obtuvo la adhesión de la duquesa de Chevreuse, y por la de dos Religiosas benedictinas de la abadía de Santa Cecilia,



se obtuvo el favor de su padre el príncipe de Lœwenstein. Este religioso Príncipe no se contentó con adherirse á la petición de las Hijas de Nuestra Señora, sino que tambien quiso y obtuvo la adhesión de sus dos sobrinas, la duquesa de Parma y la archiduquesa María Teresa.

Por mediación de una Religiosa de Nuestra Señora del convento de Zaragoza, de España, se obtuvo la adhesión de la reina D.ª María Cristina. El Embajador de España cerca de la Santa Sede se encargó de presentar la súplica, y prometió hablar personalmente en favor de la santa Causa.

El feliz resultado de tantas y tan repetidas instancias no se hizo esperar: se verificó la solemne Congregación general el día 17 de Junio del año 1890 en la sala del Trono, en presencia del Papa León XIII.

Paso á paso iba adelantando la Causa de la bienaventurada M. Juana de Lestonnac, hasta que por fin el día 19 de Marzo del año 1891 expidió el Soberano Pontífice, con todas las formalidades acostumbradas, el solemne Decreto por el que declaraba que la Sierva de Dios, Juana de Lestonnac, había practicado en grado heroico las virtudes teologales, de fe, esperanza y caridad, y las cardinales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

El 21 Enero del año 1900 Su Santidad expidió el Decreto de aprobación de tres milagros obrados por intercesión de la santa Madre, y el día 25 de Febrero del mismo año 1900 expidió el llamado del «Tuto,» que precede inmediatamente al Decreto de beatificación.

Finalmente amaneció el hermoso y memorable día 23 de Septiembre del año 1900, día suspirado por las Hijas de Nuestra Señora, en que el inmortal Papa León XIII inscribió en el Catálogo de los Beatos á nuestra heroína y admirable Fundadora, la bienaventurada M. Juana de Lestonnac.

La solemnidad de este acto imponente y grandioso se celebró en la Basílica del Vaticano, con extraordinaria concurrencia, magnificencia é iluminación, asistiendo en lugar preferente el Sacro Colegio de Cardenales. la Prelatura, la Corte Pontificia, el Cuerpo diplomático, la nobleza romana y muchas personas distinguidas.

Ocupaban también sitios de distinción el Ilmo. Sr. Diomedes Panici, arzobispo de Laodicea, secretario; Sr. Juan Bautista Lugari, promotor de la fe; Sr. Alejandro Verde, asesor; Sr. Massella, protonotario de Ritos; reverendísimos Consultores



y Asistentes de la Sagrada Congregación; Sr. Federico Virili, abogado de la Causa de beatificación; Sr. Adolfo Guidi, procurador; Sr. Gustavo Savignani, cancelario de la Sagrada Congregación, y el ilustrísimo y Rmo. Sr. Rafael Virili, postulador de la Causa.

## XLIX

Como remate de esta obrita consignaremos á continuación algunos datos referentes á la fundación del convento de Barcelona, primero de España.

El deseo que en el año 1626 dominaba á la Beata Madre de implantar y propagar el Instituto de Nuestra Señora en el territorio español, no se realizó hasta diez años después de su dichoso tránsito. No carecían de celo las Hijas de la bienaventurada M. de Lestonnac para realizar esta empresa; faltaba solamente quien les diese la mano para realizar sus deseos.

En el año 1645 el Señor inspiró al Padre Guillelmo de Josa, de la Compañía de Jesús, persona muy calificada por su virtud, ciencia y nobleza, el deseo de fundar en la ciudad de Barcelona un convento de Religiosas que tuviesen por fin la educación y